

DE  
NUEVA GRANADA  
A  
CHINA

CAPÍTULO I

Nueva Granada. —Su situación en el año de 1851. —Motivos de mi viaje. —Salida de Bogotá. —Río Magdalena. —Navegación en los siglos XV y XIX. —Llegada a Cartagena. —Aspectos de la ciudad. —Fandango. —Los negros. —Embarque. —Travesía a San Thomas.

Un partido acababa de triunfar en la Nueva Granada en el año de 1851: este partido, denominado rojo por unos y liberal por otros, se enseñoreó de la república por medio de la intimidación, y por medio de la fuerza logró mantenerse en el poder por un tiempo demasiado largo para la patria que por muchos años creyó decidida su suerte en la batalla de Rionegro.

En aquella época el estado del país era lamentable: comprimida y sofocada la mayoría nacional, violentado el querer de los pueblos, inquietados los buenos ciudadanos, perseguidas muchas ilustraciones políticas, muertos en el campo de batalla multitud de verdaderos republicanos, arruinados los propietarios pudientes, y oprimidos el saber y el talento, vejados los ministros de la religión,

las mujeres insultadas villanamente, desencadenados todos los excesos de la demagogia, todos los vínculos de la sociedad rotos, y nuestra pobre patria asombrada de tanto atrevimiento.

En vista de semejante estado, ¿quién podía resolverse a continuar habitando la Nueva Granada? Quién tuviera algunos medios ¿podía dejar de ausentarse de una tierra tan desdichada? ¿Quién que sintiera latir en su pecho algún sentimiento noble podía resignarse a presenciar el destrozo que de una parte del país hacía un partido desenfrenado?

El 30 de octubre fui puesto en libertad después de haber estado tres meses en una horrible prisión, a la cual hasta ahora no sé por qué fui reducido. Algunos de mis amigos creen que fue por haberme ido al campo sin que el gobierno liberal me diera permiso para ello; esto no me parece probable. Otros que fue porque escribí artículos en los periódicos de la capital; esto tampoco me parece natural, pues se decía que había absoluta libertad de imprenta... Otros, en fin, me decían que tal vez sería por mi opinión conservadora, pues esta opinión se reputaba en aquella época un gran delito. Esto me parecía demasiado y no podía imaginármelo tampoco. El hecho es que sufrí tres meses (noventa y tantos días) de prisión con todos sus sinsabores y peligros. Pero ¿para qué estampar aquí todo lo que la indignación dictaba a mi pluma en momentos tan inmediatos a mis sufrimientos? Mejor está borrarlos de mi manuscrito, así como ya los tengo borrados de mi memoria.

El 30 de octubre, pues, se me dio la libertad que se me había arrebatado arbitraria, ilegal e injustamente, y desde ese momento juré abandonar mi suelo natal. Resolví marcharme lejos de mi patria a respirar en países extranjeros al aire libre; a sacudir el polvo de la prisión, a distraer un poco mi fatigado espíritu.

Quince días bastaron para arreglar mi marcha, y el día 16 de noviembre abandoné mi hogar doméstico; abandoné mi idolatrada familia, abandoné mis amigos y ¡todo cuanto se tiene de caro en la vida!... Salí de Bogotá.

Nos transportaremos rápidamente a la ciudad de Cartagena, uno de los puertos principales de la Nueva Granada. Inútil me parece detenerme mucho en las impresiones que he experimentado en todo el tránsito hasta llegar a Calamar. Miseria, desnudez, atraso, ignorancia por un lado; árboles gigantescos, vegetación prodigiosa, un río caudaloso, unas márgenes pintorescas, todas las bellezas de la naturaleza por otro. Aquí un buque de vapor; más allá un champán con sus bogas casi desnudos y su cubierta de guaduas; acullá un bongo amarrado a un tronco; más lejos una humilde balsa bajando majestuosamente por la mitad del río.

Por una parte la civilización con todos sus adelantos y comodidades. Por otra la barbarie con todas sus calamidades y atrasos.

En el vapor está simbolizado el siglo XIX. En el bongo o champán el siglo XV.

La única impresión que sentí fue la de ver surcar en uno de nuestros primeros ríos algunos cuantos buques de vapor, lo que pocos años ha no se podía contar. Una nueva era ha empezado para los pueblos del Magdalena, y la industria y el comercio han debido necesariamente recibir fuerte impulso.

Cuando llegamos cerca de Mompo encontramos al vapor Honda, varado, que por primera vez subía el río. Durante un día y una noche estuvimos trabajando para ayudar a sacarlo de la tierra en que se hallaba clavado completamente: al fin, merced a unas cadenas, logramos que saliera y volviera a emprender su marcha. Llevaba a su bordo un gran número de obreros ingleses que iban para no sé qué minas. Estos, durante todo el día de la faena estuvieron abajo metidos en la cámara pasando a tragos el mal rato con sendas botellas de brandy. Parece que este era el mejor medio que ellos encontraban para salir del atolladero.

No contando con los pacienzudos y hermosos caimanes, no con los bogas, ni con las embarcaciones, nada encontré hasta Calamar digno de mencionarse. Digo mal, olvidaba hablar de las impresiones que me hicieron sentir los señores mosquitos,

habitantes hospitalarios y muy atentos servidores de todas estas comarcas. Pero estas dulces impresiones causadas por estos filarmónicos ambulantes desaparecieron bien pronto de mi corazón.

Con no poco placer llegué a Calamar el día 2 de diciembre, y al día siguiente, en una mala bestia, me puse en camino para Cartagena.

Desde Honda venía acompañado de uno de los coroneles más valientes y jocosos que se pueden dar. Salía este desterrado por la revolución que a la sazón acababa de tener lugar en Nueva Granada, y sus chistes y agudezas me llevaban divertido por todo el camino.

No bien hubimos llegado a un pueblecillo llamado Arroyondo, cuando los negros, dirigiéndose a mi compañero, prorrumpieron en mil gritos: “¡Mi coronel! ¡Mi coronel!”. Este me indicó que nos bajáramos del caballo y contestó a los saludadores: “¡Arriba muchachos! ¡Un currulao!<sup>19</sup> —¡Bueno! ¡Bueno! —gritaron aquellos; ¡a bailar! Traigan el tambó y la gaita”.

Nos apeamos en el momento y entonces empezó una escena muy propia de aquellas gentes.

Un negro cogió la gaita, es decir un palo o caña, de las que algunos usan como bastón, con un agujero en la cabeza o pomo cubierto de una gran dosis de cera negra, y empezó a soplar como un desesperado por el agujerito y a hacer posturas en el palo como si fuera una flauta: meneaba la cabeza, inflaba los cachetes, sudaba a chorros y zapateaba para acompañar a la amiga que tocaba el tamboril.

Era esta una zamba de ocho lustros y con más vientre que el tambor. Colocóse entre las rodillas un gran trozo de palo hueco cubierto de un cuero claveteado sobre cuya superficie tocaba con dos palillos a brazo tendido.

---

<sup>19</sup> Baile de negros.

La música que resultaba del conjunto de estos singulares instrumentos no era por cierto ni muy melodiosa, ni muy variada; pero sí servía para inflamar los corazones, hacer menear las caderas y hacer sentir mil eléctricas emociones a todos los felices descendientes de África.

Formóse al momento un círculo cuyo centro eran los dos artistas filarmónicos y cuyo radio sería poco más o menos el largo de la gaita. Pusiéronse los hombres frente a las mujeres; estas empezaron a menear los pies y aquellos a hacer mil piruetas, brinco y contorsiones. La rueda empezó a andar y el currulao había principiado.

La diversión estaba en su punto: los gritos atolondraban, la música aturdió, los cumplimientos y flores se cruzaban, la algazara era general.

El coronel y yo reíamos como unos locos, nos divertíamos además descargando nuestros bolsillos del peso de algunas monedas que dábamos a los diferentes danzantes que se nos acercaban tendiéndonos la copa del sombrero y alargándonos un pañuelo. Esta última operación, continuada por más de una hora, concluyó por fastidiarnos; ya estaba yo cansado y deseaba partir.

Hice esta indicación a mi compañero, el cual habiéndola encontrado muy en razón empezó a arreglar sus aprestos de montar y a prepararse para volver a ponernos en camino.

En pocos minutos estuvimos listos, y la zambra que se hallaba en lo más apurado, unos bailando, otros zapateando, otros haciendo doscientas mil muecas alrededor de una rueda de mujeres que cantaban; viéndonos ya en posición de marcha, perdió súbitamente su animación y se disolvió. Fue una gran máquina a la cual de repente le faltó el vapor y se paró al momento.

El coronel entonces empezó a despedirse individualmente de ellos y a darles la mano. A casi todos los conocía por sus nombres: “¡Adiós, querido!, ¡adiós, mi zambol!, ¡adiós, camarada!, ¡adiós!...”, etc. Tales eran algunas de las fórmulas con que saludaba al enjambre de negros que se le agolpó alrededor. Por último,

dio un estrecho abrazo a una comadrita que tenía; metimos las espuelas a nuestros caballos y volvimos a emprender nuestra ruta.

Esa noche dormimos en un pueblecito llamado Arjona, y al día siguiente temprano llegamos a Turbaco.

En medio de este lindo paraje se levanta una hermosa casa que sorprende al viajero. Es el adorno de la plaza: es la casa del general don Antonio López de Santa Anna, ex presidente de la república de México.

Los hechos de este hombre como gobernante y como hombre privado debo confesar que nunca me han inspirado simpatía: no me parecen dignos de elogio. Empero, el hombre que por largos años ha gobernado un Estado, un general que en defensa de su nación ha perdido una parte principal de su cuerpo,<sup>20</sup> un individuo histórico por más que se diga y poseedor de millones de pesos... un tal hombre, repito, me inspiraba alguna curiosidad y deseaba conocerle.

No me fue difícil satisfacer este deseo. Su secretario privado me presentó a él y tuve con el general una larga conferencia.

En esta ocasión pude conocer algo al hombre y no encontré que su instrucción tuviera un valor de muchos quilates; pero tampoco creí que merecía la fama de negado que se le da generalmente. No es un ente vulgar, ni tampoco un genio: es lo que comúnmente se llama una mediocridad.

Físicamente hablando, el general Santa Anna me pareció bien. Hermosa frente, alto de talla, aire militar y bastante agradable; su pierna, perdida en el sitio de San Juan de Ulloa contra los franceses, está reemplazada por una postiza de caucho que no

---

<sup>20</sup> López de Santa Anna perdió una pierna en un combate contra los franceses. Hizo que se celebrara una ceremonia en honor a su miembro amputado que fue exhibido en una urna de cristal y paseado por la ciudad de México, escoltado por soldados. Fue aclamado como héroe de la Patria [N. del E.].

dejaba de inspirarme veneración. Es tan bello defender la patria y el honor nacional, que las heridas que por tal causa se obtienen son siempre dignas del respeto de los conciudadanos y de la admiración de todos.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, proseguí mi camino en compañía del coronel, y el día 7 de diciembre llegué a Cartagena, la ciudad heroica, la rival de Bogotá.

Dos impresiones principales experimenté al entrar en la ciudad: una de admiración por la hermosa vista que se presenta: otra de pena y de tristeza por la excesiva cantidad de negros. Por todas partes reina la quietud: no hay casi actividad, la población parece muerta.

En medio de este silencio apenas se oye el rugido del mar, cuyas olas van a estrellarse al pie de magníficas fortificaciones.

Los edificios, las fortalezas, la posición topográfica, los castillos, etc., todo, todo revela que Cartagena de Indias fue una ciudad de primer orden. Hoy el comercio y la agricultura han desaparecido, no hay riqueza, no hay movimiento; gracias a las revoluciones y demás plagas que han llovido sobre este infortunado pueblo no se ven más que ruinas y escombros. Parece la ciudad una respetable anciana que yace en la miseria, pero en cuyas facciones y trato bien se revela que en otros tiempos tuvo lujo y esplendor, y que fue una hermosa joven.

La desproporción en que se halla la raza blanca con respecto a la negra fue una de las cosas que más me sorprendieron. Pensar que por cada blanco hay nueve o diez negros es una cosa horrible y desconsoladora.

Después de pasadas estas impresiones desagradables, otras por diferente estilo vinieron a asaltarme.

La juventud femenina agrada extraordinariamente por su belleza, buen trato, desparpajo, y sobre todo por su gracia, que sólo las habaneras y andaluzas pueden disputar.

Una mañana hallábame profundamente dormido; mi imaginación vagaba por mil lugares y estaba absorto en un pesadísimo

sueño, cuando de repente la música y la algazara que había en la calle vinieron a despertarme. Salté al punto de mi cama y salí al balcón para ver lo que pasaba. La calle estaba llena de gente, la mayor parte del pueblo, y el espectáculo era curiosísimo; unos cuantos negros tocaban diversos instrumentos, otros batían grandes banderas, otros llevaban figurines clavados en la punta de palos. Quienes cantaban y bailaban; quienes gritaban y danzaban. Las negras reían y palmoteaban, y los muchachos, que son el alma de estas diversiones, seguían detrás sirviendo de comparsa.

Sorprendido y alarmado no sabía lo que significaba esta función; cuando algunos gritos salidos de en medio de los actores vinieron a sacarme de dudas y a manifestarme lo que era. Estábamos en el mes de diciembre, era la época de fandangos y yo presenciaba uno de ellos.

Poco después fui informado que era el fandango de Chambacú, y que el otro fandango del Pozo, en el cual figuraba todo lo más escogido de Cartagena, no podía salir ese año. Preguntando la razón se me dijo que era porque componiéndose de todas las personas decentes era naturalmente conservador, y que en esta época de libertad sólo podía salir el rojo. Esta animosidad de los partidos no me causó ninguna sorpresa; pero confieso que no dejó de indicarme el triste estado al que había llegado el país.

Frente al hotel de Fermín se levanta un magnífico edificio de aspecto sólido y de grande adorno para la plaza. Ese monumento tiene un nombre horrible como la institución que simboliza, y que no quisiera estampar en este lugar: ¡Es el Palacio de la Inquisición! Cartagena de Indias era una de las ciudades más importantes bajo el virreinato español, y natural también era que fuese distinguida con todos aquellos monumentos con que a la sazón España escandalizaba el mundo. Tuvo pues fortificaciones, castillos, etc., y una agencia corresponsal, llamémosla así, de la memorable Inquisición.



Cierto es que ya no se quema allí a ninguna criatura humana viva ni muerta, y que está destinado el edificio para habitaciones privadas; pero también es cierto que conserva el nombre Palacio de la Inquisición, lo cual es una palabra de tristes recuerdos.

Otros tiempos, otras necesidades, otras instituciones, otras ideas, otros monumentos. El siglo XV tuvo frailes, tuvo tiranos, tuvo monstruos en forma de hombres que gobernaban el mundo. Estos creyeron que sus hogueras y sus atrocidades no llevarían sus nombres a la posteridad, y creyeron necesario escribir sus ideas sobre masas de piedra para que nunca se borrasen y hablaran elocuentemente. De aquí estos palacios de la inquisición y esos otros monumentos que han perpetuado el baldón y la ignominia.

Hoy, en el siglo actual, en el siglo XIX, otras son las ideas, afortunadamente, y otros los monumentos que las representan. Hoy, en lugar de degollar, de quemar a los hombres y de destruir la humanidad, se trata de todo lo contrario, esto es, de aliviar, de proteger, de mejorar nuestra condición. Marchar adelante, progresar: *Go ahead*, he aquí la fórmula de la presente época. Bancos, cajas de ahorros, caminos de hierro, telégrafos, casas de asilo, exposiciones, son los monumentos que tenemos.

A los palacios de la inquisición universal han sucedido los palacios de exposición universal, y ya parece que el hombre se ha cansado de tiranías y crímenes, y trata de llenar sus deberes y alcanzar sus destinos.

Una casa de beneficencia reemplazaría bien la Casa de la Inquisición. ¡Caridad! ese es el emblema de la libertad. ¡Crueldad! ese el emblema de la tiranía.

El día 27 de diciembre el estruendo del cañón anunció la llegada del vapor Ayde y yo debía seguir en él para San Thomas. Al efecto despedíme de todos mis amigos, saludé por última vez las playas de mi patria y prepareme para ir a bordo inmediatamente.

¿Cómo pintar aquí las impresiones que sentí cuando una vez quité el pie del botecillo y me encontré a bordo del vapor? Figuróseme que había roto súbitamente el último eslabón de la

cadena que me retenía en mi tierra, y que ya me hallaba a un millón de leguas distante de ella. Hasta entonces había creído que mi viaje era un sueño, una pesadilla: en ese instante ya vi que era un hecho, una completa realidad.

Una vez en el buque mi primera impresión fue fatal: nadie había allí que me dirigiera la palabra; mi equipaje estaba tirado a la entrada y no encontraba ni con que entenderme: el buque inglés había recibido un nuevo bulto de mercancías. Este es el modo como se considera a los pasajeros en esta compañía.

Las cinco de la tarde en punto era la hora fijada para la partida, y ya faltaban pocos minutos. Subíme a la cubierta; volví la cara hacia la ciudad, y quedéme fijo como una estatua contemplando las azoteas y las lindas palmeras. Repasaba con mi vista todas las calles y todas las soberbias fortificaciones y me esforzaba en distinguir la Casa de la Popa, cuya elevación y blancura hacen que se vea desde lejos como una palomita que se pierde en el seno de las nubes.

La campana dio las cinco y el capitán la orden de partir; las personas que habían venido a acompañar de tierra a algunos pasajeros se embarcaron en sus botes: y al tétrico canto del marinero inglés el ancla empezó a levantarse. Decir lo que yo experimenté entonces sería decir lo imposible. Hay impresiones tan fuertes, que se sienten, pero que no se pueden expresar; están más allá de lo que puede soportar la sensibilidad; no hay por tanto palabras en las lenguas humanas para designarlas.

Al ver el ancla suspendida en el aire se me figuró que se me arrancaba el alma, que se me despedazaban las entrañas, que se rompían todos los lazos que me unían a mi país. El ancla del corazón parecíame liviana: la tristeza triunfó de toda reflexión, y, olvidando las meditaciones, dejé caer mi cabeza sobre mis brazos y me puse a llorar como un niño.

Mis lágrimas eran las lágrimas del hijo, las lágrimas del hermano, las lágrimas del republicano, las lágrimas del patriota.

Eran gotas desprendidas de mi alma y que al caer en el océano debieron impregnar sus aguas de tristeza y dolor.

Fue entonces que acordándome de los versos de lord Byron en “Childe Harold”: “Farewell, Farewell! To my native” etc. me desesperaba de no ser poeta para poder expresar lo que sentía. No obstante saqué un pedazo de papel y tomando un lápiz escribí las cuartetas siguientes que reproduzco aquí por haberlas hecho en aquellos momentos:

I

Ya dejé de pisar el patrio suelo;  
Heme ya aquí en extranjera nave,  
Recorriendo el espacio como ave  
Que surca el aire con incierto vuelo,

II

Heme perdido sobre el mar del mundo,  
Como los hijos de Israel un día;  
Mas como ellos también en mi agonía,  
En Dios mi gloria y esperanza fundo

III

Ya he dejado mi patria querida,  
Y mi madre, y hermanas, y amor...  
Cuanto existe de caro en la vida,  
Sólo payas ya tengo al redor

IV

Ayer sobre su trono refulgente,  
Su disco el sol entre la mar hundía  
Y con su luz brillante en Occidente  
También hundióse la esperanza mía

V

Mi padre ¡ay Dios! mi padre ya no existe  
Expiró cual filósofo y cristiano;

Como muere el católico, el humano,  
A quien la fe consoladora asiste

## VI

Sus virtudes guiarán siempre mi paso,  
Grabadas las tendré perennemente;  
Ellas serán mi estrella en el Oriente,  
Ellas serán mi norma en el Ocaso

## VII

¡Adiós, humilde techo, hogar querido!  
¡Adiós! ¡Adiós! mi Bogotá adorada,  
¡Adiós, familia toda idolatrada,  
Para siempre tal vez os he perdido!

## VIII

Y el viento las velas inflaba,  
Y el vapor empujaba el bajel;  
Y yo solo en la popa lloraba,  
Y apuraba la copa de hiel.

El buque, arrastrado por la enorme máquina, resbaló suavemente sobre la unida mar trazando en su camino inmensos surcos y estampando sus majestuosas huellas.

Las inmensas olas que en tiempos de brisas baten nuestras costas venían a estrellarse al pie del Ayde, y le formaban una hermosa cintura de espuma. Mientras tanto el viento hinchaba las velas; las ruedas de la máquina empujaban con fuerza el seno de la azulosa mar, y poco a poco Cartagena se perdía a lo lejos como un punto negro a los ojos de todos lo que nos hallábamos sobre la cubierta.

Ya el sol se había ahogado en el vasto abismo, variadas madejas de púrpura y de oro coronaban el horizonte como otras tantas cintas de llamas, y la noche dejaba caer poco a poco sus velos de gasa negra. A los pocos minutos había arrojado la inmensidad

del océano; el cielo empezaba a estrellarse y las costas de Granada habían desaparecido enteramente.

¡Patria! ¡Patria! –me decía entre mí–, ya te perdí, ¡quién sabe si para siempre, quién sabe si para no volver a verte nunca!

¡Oh! cuán diferente es tu suerte hoy de lo que era ahora cuatro años, cuando desde un bajel igual yo contemplaba tus risueñas playas. Entonces era bello pronunciar el nombre sagrado de patria; porque la patria era la verdadera madre común de todos los granadinos, la depositaria de su dicha; entonces la existencia era dulce en su seno, porque había leyes, había garantías, sostén para el débil, honor para el fuerte, justicia para todos. Sí, en aquel entonces había República, y Granada era verdaderamente libre y dichosa; porque la verdadera libertad es la hija de Dios y hermana de la dicha.

Al día siguiente ya nos hallábamos muy lejos de las costas de Granada; no tenía ante mis ojos más que cielo y agua. Estaba en altamar.

Por una feliz casualidad, a bordo del mismo vapor dos respetables copartidarios políticos y amigos míos se habían embarcado también la víspera: ambos salían desterrados con dirección a playas extranjeras. El placer que sentí con la vista de estos compañeros fue incalculable, y una navegación que me había figurado pesada y tristísima, iba, por esta coincidencia, a convertírseme en agradable y divertida. Nada hay que una tanto a los hombres como la desdicha, como los comunes sufrimientos. Los lazos políticos establecen una amistad tan grande entre los hombres que raya en amor, en frenesí. Los que padecen por una misma causa, por defender las mismas ideas en una sociedad, son amigos que se quieren, adalides que se respetan.

En los cinco días que duró la navegación de Cartagena a San Thomas poco o nada de particular hay que referir. Las mismas cosas, los mismos incidentes que acompañan a toda navegación. Las brisas soplaban tan fuertemente que casi todos nos mareaamos, y hubo más de una escena verdaderamente cómica. Uno de

mis compañeros de viaje se hallaba tan postrado que daba lástima. Era este uno de aquellos padres más bonazos y más sencillotes que habitan la tierra: parece que era la primera vez que se embarcaba y todo le cogía de nuevo. Sin hablar una palabra de inglés, tumbado completamente, se entretenía con el *steward* en unos diálogos curiosísimos. Ni después de su famoso sermón en la Iglesia de las Nieves, ni en su combate en Corito con los salteadores de Facatativá, ni en Garrapata, ni en la cordillera de los Andes, ni en la prisión, ¡jamás se había afligido! lo que no pudieron las lanzas de sus enemigos lo pudieron las olas del océano; lo que no pudo el humo del combate le fue facilísimo al movimiento del buque. Ante las agonías del mareo abdicó su fibra; sucumbió su energía.

El día 31 de diciembre llegamos por fin a San Thomas. Con el año acabó la navegación. La aurora del primer día de 1852 nos brilló en país extranjero, ¡cómo nos brillarán quién sabe cuántas de los años siguientes!